

LA LENGUA QUE HABLO es híbrida. Es bastarda. Es mestiza. Es catalana (¿blanda?) ¿O pura y dura castellana? Es española (tibia). Es árabe (me llamo nur-ia). Es gitana. Canastera. Enfebrecida. Dicharachera. Muda. Deslenguada (eso me gusta). Es tímida y a veces huérfana. Es polémica. También rebelde. Es andaluza (¡Olé!) y moreneta (¡Visca!). Es de mar y de montaña. Es impura. Y atravesada. Muy latina (mi apellido la canta). Y por eso hispana. De Colombia, de Perú, Nicaragua y Argentina. Es gachupina. Y sorda. Y rara. Y de virgen negra o violada. Es libresca. Copiada de los libros vivos. Robada a las novelas sabias. Y francesa (por demasiada lectura). A veces sueña que sabe inglés y consigue disfrazar la erudición en verso. Es interior. Popular. Desobediente. Herida. Poemática (¿existirá esta palabra?). Desterrada. Judía y alemana. Perdida. Desgraciada. Luminosa. Rica y pobre. Le gusta depender de instantes. Asombrar las ideas. Comerse los minutos. Africanizarse y, entonces, ser más corrosiva y amplia. O empequeñecer las sombras. Desaparecer y resucitar de nuevo. Borrarse del mapa y extenderse. Es tuya y mía. Es, por supuesto, prestada. Por eso la invento cada día como si fuera una lengua personal, semisecreta y desclasada.

Para poner en la web.